

en el *Pravda* las palabras más emocionadas de su vida: «¡Al fin todo se ha cumplido!»

Su intervención en la revolución de Octubre fué decidida, pero sin que sus actividades trascendieran a la masa; obró subterráneamente, como siempre, eliminando sin piedad a los mencheviques y hasta a los mismos comunistas que no le eran afectos. Lenin le conoció, y el juicio que acerca de él formuló no le es nada de favorable. Mas a la muerte del padre de la Revolución Rusa, tenía Stalin tejida tal trama de intrigas, que le fué fácil, como Secretario General del Partido Comunista, tomar el control del gobierno soviético, desterrando a Trotsky, a quien parecía corresponderle continuar la obra iniciada por Lenin, por su prestigio intelectual y sus antecedentes revolucionarios.

Disminuída cuanto se quiera la personalidad de Stalin, hay que reconocerle un extraordinario espíritu organizador y una voluntad inquebrantable puesta al servicio de su partido, sin preocuparle el halago de la popularidad, ni la satisfacción de goces personales, como lo demuestra la vida sobria casi ascética que lleva.

La biografía de Stalin escrita por Essad Bey se lee con el interés apasionante de una novela, cuyo protagonista desborda los rasgos normales de una existencia vulgar. Hay en Stalin algo de Ivan el Terrible y de Pedro el grande, psicologías complejas que para nosotros los occidentales, nos es difícil comprenderlas. Stalin aparece ante nosotros como un personaje dostoievskyano.—*Milton Rossel*.

LAS OBRAS DE VICUÑA MACKENNA,
por *Guillermo Feliú Cruz*.

Arrecian los libros sobre Vicuña Mackenna. Biografías, estudios, bibliografías, ensayos, se suceden copiosamente. Vicuña Mackenna es una verdadera mina literaria, mejor dicho, una montaña literaria, de la que puede sacarse de todo y durante mucho tiempo aun, sin temor de que algún día se agote. Hasta este momento, sin embargo, falta, en la mayoría de esos trabajos, un severo espíritu crítico, un análisis literario más enjuto. La mayoría de los autores que del historiador se ocupan, son entusiastas admiradores del narrador de *La guerra a muerte*; en sus libros no se encuentra sino la alabanza, el elogio, sin duda merecido, pero que concluyen por fatigar. Vicuña Mackenna, fué y muy pocos dejarán de reconocerlo, un gran escritor, pero ¿no habrá en toda su obra, en el conjunto de ella o en sus partes, algo que no sólo se preste al ditirambo, sino que también sirva para estudiar éstas o criticar aquéllas características de su manera de concebir—filosófica o sociológicamente— la historia, algo de que se pueda sacar conclusiones o principios literarios o históricos, algo, en fin, que no sólo sirva para conocer las obras y la vida de Vicuña Mackenna, sobradamente conocidas ya? Sin duda que lo hay, y eso es lo que nos hace falta y esperamos.

Hasta este momento lo más valioso que se ha hecho sobre Vicuña Mackenna lo han hecho los eruditos bibliógrafos e historiógrafos. Dentro de este orden se destaca ní-

tidamente el presente libro (1) de Guillermo Feliú Cruz. Es un libro de gran mérito. Guillermo Feliú Cruz Cruz, que aparenta ser un hombre que no hace nada, ha hecho aquí mucho y bien. Ha reunido los títulos de todas las obras y publicaciones de Vicuña Mackenna desde el año 1850 hasta el 1932. A esto ha agregado una *Bibliografía Parlamentaria de Vicuña Mackenna*, hecha por don Carlos Vicuña Mackenna, y una *Bibliografía Periodística* que comprende las siguientes publicaciones: *El Mercurio*, de Valparaíso (1852-1885); *La Voz de América*, de Nueva York (1865-1866); *Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires (1863-1871); *Revista del Río de la Plata* de Buenos Aires (1871-1874); *Nuevo Ferrocarril*, de Santiago (1879-1881), y *La Lectura*, de Santiago (1884).

Cerrando tan excelente acopio, Guillermo Feliú escribe un estudio sobre *Bibliógrafos y Bibliografías de Vicuña Mackenna*, estudio detallado y erudito.

Poco más habrá de hacerse ya en esta materia, de tal modo que podemos considerar casi definitivo este libro en lo que se refiere a la bibliografía vicuñista.— *M. R.*

TURGUENEV, por *André Maurois*.

Las biografías siguen triunfando. Si en las bibliotecas, o en los casilleros intelectuales del lector, no hu-

(1) Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1932.

biera más que un espacio destinado a la biografía y la novela, la primera iría desplazando a la segunda en nuestros tiempos. En los países latinos, por lo menos, la ficción está cediendo al empuje de las realidades, en materia de interés literario.

La maestría de retratista moderno de André Maurois (los retratos deben parecerse al original, pero no tanto *que se salgan del cuadro*, como esos bizcochos burgueses de Laszlo) la habilidad para trazar el dibujo de sus personajes, sin colores excesivos, eliminando lo superfluo, quitando los detalles insignificantes, sin escatimar aquellos que ceden un rasgo de personalidad, hace de esta biografía de Turguenev (1) uno de los mejores tipos que han pasado por su estilo. A pesar de la resonancia de *Byron* y *Shelley* la mejor obra biográfica de Maurois es la de Disraeli. Después, esta otra.

Ya estábamos cerca de Dostoyewski, por André Gide. Conocíamos a Tolstoy por Romain Rolland. Quedaba por presentarnos este maestro ruso, extraño, interesante, criado en las cacerías, suavizado y a la vez corregido por su vida francesa; mezcla que produjo ese estilo entre salvaje y delicado y esos tipos como Demetrio Rudín, Lawrestki, Litvinov, que sin perder un ápice de su naturaleza rusa, original y espontánea, tienen un tanto del europeísmo de la época y no se dejan sobrepasar por las mejores creaciones de Dostoyewski, de Dickens o de Balzac.

Al abrir, en una ojeada general de

(1) Grasset, París.